

nosotros mismos; semejantes á Saúl, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros condenamos en secreto; y por una corrupcion de corazon peor acaso que nuestras mismas pasiones, no pudiendo apagar la verdad en el fondo de nuestro corazon, quisiéramos extinguirla en el de todos los que se nos acercan. Luego con razon decia yo que todos nos preciamos de amar la verdad, pero que son pocos los que la buscan con un corazon recto y sincero como los Magos.

El poco caso que tambien hacen de las dificultades que parecian apartarlos de lo que buscaban, es una nueva prueba de lo que buscan con sinceridad y buena fe. Porque, católicos, ¿qué singular no debiera parecer á su espíritu el extraordinario camino que les propone la gracia? Solos en medio de su nacion, entre tantos sábios, sin respeto á sus parientes y amigos, á pesar de los discursos é irrisiones públicas, cuando todos los demás, ó desprecian esta estrella milagrosa, ó miran la observacion é intentos de estos tres sábios como un designio insensato ó una flaqueza popular contra el comun dictámen, ellos solos siguen la nueva guia que los manifiesta el cielo; ellos solos abandonan su patria y sus hijos, y tienen en nada una singularidad cuya necesidad y sabiduría les descubre la luz celestial. *Vidimus, et venimus.*

Ultima instruccion. El que la verdad se nos manifieste casi siempre inútilmente, consiste, católicos, en que no juzgamos de ella por las luces que deja en nuestra alma, sino por la impresion que hace en los demás hombres entre quienes vivimos; no consultamos á la verdad en nuestro corazon, sino solamente en la idea que forman los demás. Por eso la luz del cielo mil veces nos turba y nos ilustra inútilmente acerca de los caminos que debemos seguir; la

primera reflexion que hacemos despues acerca del ejemplo de los demás hombres que viven como nosotros, nos asegura y esparce una nueva nube sobre nuestro corazon. En aquellos felices instantes en que solamente consultamos la verdad en nuestra propia conciencia, nos condenamos á nosotros mismos, temblamos de lo porvenir y nos proponemos una nueva vida: entrando en el instante siguiente en el mundo y no consultando mas que el ejemplo comun, nos justificamos, nos restituimos á la falsa paz que habiamos perdido, desconfiamos de la verdad á quien contradice el comun ejemplo, la retenemos en la injusticia, la sacrificamos al error y á la opinion pública, se nos hace sospechosa porque nos acoge á nosotros solos para favorecernos con sus luces, y la misma singularidad de su beneficio nos hace ingratos y rebeldes. No alcanzamos que el trabajar por la salvacion es distinguirse del resto de los hombres, es vivir solo en medio de la multitud, es estar solo de su parte en medio de un mundo que ó nos condena ó nos desprecia; en una palabra, es no tener en nada los malos ejemplos y moverse solamente por las obligaciones. No alcanzamos que el perderse consiste en vivir como los otros, en conformarse con la multitud, en no distinguirse en nada de los del mundo, en formar un mismo cuerpo y un mismo mundo con él. No conocemos que el mundo está ya juzgado, que este cuerpo del Ante-Cristo perecerá con su cabeza y sus miembros, que esta ciudad criminal será herida de maldicion y condenada á un anatema eterno. Sí, católicos, el mayor obstáculo que hallan la gracia y la verdad en nuestros corazones es la opinion pública. ¿Cuántas almas tímidas no se atreven á convertirse de veras por no desamparar al mundo á quien sirven de espectáculo? Por eso aquel rey de Asiria no se atrevia á declararse por

el Dios de Daniel, porque los grandes de su corte hubieran condenado su conducta. ¿Cuántas almas fieles hay que disgustadas de los placeres, solo los siguen movidas de un falso honor y por no distinguirse de aquellas que las incitan con su ejemplo? Por eso Aaron en medio de los israelitas, danzaba al rededor del becerro de oro y ofrecia con ellos inciensos al ídolo que detestaba, porque no se hallaba con fuerzas para resistir solo al error público. ¡Oh y qué insensatos somos! Solo el ejemplo público es el que nos asegura contra la verdad, como si los hombres fueran nuestra verdad, ó como si debiéramos buscar la regla y la luz que debe conducirnos en la tierra, y no en el cielo como los Magos. Es verdad que muchas veces no es el respeto humano quien apaga la verdad en nuestro corazon, sino las violencias y trabajos que ella nos presenta. Por eso nos entristece como á aquel jóven del Evangelio, y no la recibimos con aquella alegría que manifestaron los Magos cuando volvieron á ver la estrella milagrosa. *Videntes stellam gavisí sunt gaudio magno valde.* Vieron la magnificencia de Jerusalem, la pompa de sus edificios, la majestad de su templo, el resplandor y grandeza de la corte de Herodes; pero no dice el Evangelio que les moviese este vano espectáculo de las pompas humanas. Miraban todos estos grandes objetos del deseo sin atencion, sin deleite, sin gusto, sin señal alguna de admiracion ni pasmo; no piden que se les enseñen los tesoros y riquezas del templo como antes habian hecho con Ezequías los enviados de Babilonia, y atentos únicamente á la luz del cielo que antes se les habia manifestado, no tienen ojos para ver nada de cuanto pasa en el mundo; movidos solamente de la verdad que los ha ilustrado, todo lo demás les es indiferente ó molesto; y desengañado del todo su corazon, nada hallan que

los alegre, que los interese y consuele, sino la verdad. *Vidimus stellam, etc.*

Por lo que á nosotros toca, católicos, acaso los primeros rayos de verdad que la bondad de Dios derramó sobre nuestros corazones, movieron en nosotros un gusto sensible; el proyecto de una nueva vida que formábamos al principio, la novedad de las luces que nos ilustraban y las que con especialidad no conocíamos; el cansancio y el disgusto de las pasiones, en las que no conocia nuestro corazon mas que las amarguras y penas; la novedad de las ocupaciones que nos proponíamos en esta mudanza; todo esto nos ofrecia imágenes agradables; la novedad por sí sola agrada. Pero esta alegría no duró mas que un instante, como dice el Evangelio: *Ad horam exultare in luce ejus.*¹ A proporcion que la verdad se nos iba manifestando mas de cerca, nos parecia, como á San Agustin cuando aun era pecador, menos amable y halagüeña. *Quanto proprius admovebatur, tanto ampliore incutiebat terrorem.*² Cuando despues de esta primera vista examinamos despacio y pormenor las obligaciones que nos imponia, las separaciones dolorosas que nos mandaba, el retiro, la oracion, las maceraciones y las violencias que nos manifestaba como indispensables, la vida seria, ocupada, interior en que nos empeñaba, empezábamos tristes é inquietos á apartarnos de ella; todas las pasiones la opusieron nuevos obstáculos, todo se nos presentaba bajo unas imágenes lúgubres y nuevas, y lo que al principio nos habia parecido tan agradable, mirado mas de cerca nos parece un objeto espantoso, un camino áspero é inaccesible á la flaqueza humana. *Ad modicum exultare in luce ejus.*

¹ Joan. 15, v. 35.

² San Agust. in Conf.

¿Dónde están las almas que como los Magos, despues de haber conocido la verdad, no quieren ver mas que á ella, que no tienen ojos para el mundo, para el vacío de sus placeres y para la vanidad de sus pompas y de sus espectáculos; que no hallan alegría sino cuando están ocupados en la verdad; que en la verdad hallan el alivio de todas sus penas, el estímulo contra su pereza, el socorro en sus tentaciones y las mas castas delicias de su alma? Y á la verdad, ¡oh Dios mio! el mundo, sus deleites, sus esperanzas, sus grandezas parecen vanas, pueriles, enfadosas á una alma que os ha conocido y que ha conocido la verdad de vuestras eternas promesas, á una alma que conoce que todo lo que no es vos no es digno de ella, y que mira á la tierra como patria de los que deben perecer eternamente. Nada puede consolarla sino lo que la manifiesta los bienes verdaderos, nada la parece digno de su atencion sino lo que ha de durar eternamente, nada puede agradarla sino lo que siempre ha de agradar. Con nada es capaz de unirse sino con lo que nunca ha de perder, y todos los falsos objetos de la vanidad no son para ella mas que ó estorbo de su piedad ó tristes monumentos que la acuerdan la memoria de sus delitos. *Videntes stellam, etc.*

Esta es la verdad recibida de los Magos con sumision, con sinceridad, con alegría. Veamos ahora en la conducta de los sacerdotes la verdad disimulada, y despues de habernos instruido en el uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros, veamos el que hemos de hacer de la misma respecto á los demás.

PARTE SEGUNDA.

La primera obligacion que nos impone la ley de la cari-

dad para con nuestros hermanos, es la obligacion de la verdad. No somos deudores á todos los hombres de los cuidados, de los deseos de servirlos, de las fatigas, pero á todos somos deudores de la verdad. Los diferentes estados que el nacimiento y las dignidades nos dan en el mundo, diferencian nuestras obligaciones respecto de nuestros hermanos; pero la obligacion de la verdad en todos los estados es la misma. Somos deudores de ella tanto á los grandes como á los pequeños, tanto á nuestros criados como á nuestros amos, tanto á los que la aman como á los que la aborrecen, á los que quieren valerse de ella contra nosotros, como á los que quieren aprovecharse de ella. Hay algunas ocasiones en que la prudencia permite ocultar y disimular el amor que tenemos á nuestros hermanos, pero ninguna hay en que sea lícito disimular la verdad. En una palabra, la verdad no es nuestra; nosotros no somos mas que sus testigos, sus defensores y sus depositarios; es la luz de Dios infusa en el hombre que debe ilustrar á todo el mundo; y cuando la disimulamos hacemos injusticia á nuestros hermanos, á quienes pertenece como á nosotros, y somos ingratos al Padre de las luces que la ha derramado en nuestra alma.

Con todo eso, el mundo está lleno de disimuladores de la verdad, parece que no vivimos mas que para engañarnos unos á otros, y la sociedad, cuyo primer lazo debiera ser la verdad, no es mas que un comercio de ficcion, de engaño y de artificio. En la conducta de los sacerdotes de nuestro Evangelio vemos los diversos géneros de disimulo con que todos los dias se hacen los hombres culpables para con la verdad; hallamos en ellos un disimulo de silencio, un disimulo de condescendencia y un disimulo de ficcion y mentira.

Disimulo de silencio. Consultados por Herodes acerca del lugar en que debía nacer Jesucristo, es verdad que responden que Belen era el lugar señalado por los profetas, en donde se habia de efectuar este gran suceso. *At illi dixerunt in Bethlem Juda.*¹ Pero no añaden que habiéndose ya por último manifestado la estrella anunciada en los libros santos, y viniendo los reyes de Sabá y de Arabia con presentes á adorar al nuevo jefe que habia de regir el pueblo de Israel, no habia ya duda en que las nubes hubieran parido al Justo; no juntan los pueblos para anunciarles esta feliz nueva, no corren los primeros á Belen para animar á Jerusalem con su ejemplo; encerrados dentro de su culpable temor, guardan un profundo silencio, retienen la verdad en la injusticia; y cuando los extranjeros vienen de las extremidades del Oriente á publicar en Jerusalem que ha nacido el Rey de los judíos, los sacerdotes y los doctores callan y sacrifican á la ambicion de Herodes los intereses de la verdad, la mas amada esperanza de la nacion y el honor de su ministerio.

¡Qué vileza para unos ministros de la verdad! El favor del príncipe les mueve mas que el sagrado depósito de la religion de que están encargados. El resplandor del trono apaga en su corazon la luz del cielo; lisonjean con un infame silencio á un rey que los consulta y que solo de ellos podia saber la verdad; le confirman en el error ocultándole lo que hubiera podido desengañarle. ¿Pues cómo podrá llegar la verdad á los soberanos, si los mismos ungidos del Señor que rodean el trono, no se atreven á anunciarla, y se unen á los que habitan en las cortes para ocultarla y callar?

¹ Matth. 2, v. 5.

Pero esta obligacion, católicos, os es común con nosotros en algun modo, y con todo eso, hay en el mundo pocas personas, aun de aquellas que viven en la piedad, que no sean culpables todos los dias de este disimulo de silencio para con sus hermanos. Les parece á algunos haber cumplido con cuanto deben á la verdad, con solo no declararse contra ella; oyen continuamente á los mundanos desacreditar la virtud, defender la doctrina del mundo, justificar sus abusos y sus máximas, debilitar ó combatir las del Evangelio, blasfemar muchas veces lo que ignoran, hacerse muchas veces jueces de la misma fe que los ha de juzgar; óyenlos, vuelvo á decir, y aunque no suscriben á su impiedad, no la reprueban abiertamente, contentándose con no autorizar con su voto sus blasfemias ó sus preocupaciones.

Digo, pues, que tocándonos á cada uno en particular los intereses de la verdad, el callarla cuando abiertamente la impugnan en nuestra presencia es hacernos sus perseguidores y contrarios; y añado que aquellos principalmente á quienes Dios ha ilustrado, faltan entonces al amor que deben á sus hermanos, pues la obligacion para con ellos se aumenta á proporcion de las gracias que Dios les ha hecho, y así son para con Dios culpables de ingratitud; no agradeceis suficientemente, vosotros en particular los que habeis recibido estos dones, el beneficio de la gracia y de la verdad con que os ha favorecido en medio de vuestras insensatas pasiones, con que ha disipado vuestras tinieblas, y os ha llamado á sí cuando seguíais las sendas falsas é injustas; sin duda que derramando de este modo la luz en vuestro corazon, no atendió solamente á vosotros; ha querido que vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros súbditos, vuestros amos hallen en vosotros ó su instruccion ó su

censura; ha querido favorecer vuestro siglo, vuestra nacion, vuestra patria, favoreciéndoos á vosotros; porque el Señor forma á los escogidos ó para la salud ó para la condenacion de los pecadores; su fin ha sido poner en vosotros una luz que pueda alumbrar en medio de las tinieblas, que perpetuase la verdad entre los hombres y que diese testimonio de la justicia y sabiduría de su ley en medio de las preocupaciones y vanos pensamientos de un mundo profano.

No oponiendo, pues, mas que un débil y tímido silencio á las máximas que impugnan á la verdad, no cumplís con los fines de las misericordias de Dios para con vuestros hermanos, inutilizais para su gloria y para la extension de su reino el talento de la verdad que os habia entregado y del que particularmente os pedirá una estrecha cuenta. Hablo principalmente con vosotros los que en otro tiempo defendísteis con tanto ardor los errores y las máximas profanas del mundo, que fuísteis sus apologistas intrépidos y declarados; el Señor tenia derecho para pedir os que os declaráseis con el mismo valor por la verdad; con todo eso, no ha conseguido su gracia mas que el hacer de un celoso partidario del mundo, un discípulo tímido del Evangelio: aquellas demostraciones de confianza y de intrepidez con que en otro tiempo hacíais la apología de las pasiones, os han abandonado desde que defendísteis los intereses de la virtud; aquella audacia que en otro tiempo hacia callar á la verdad, calla hoy á vista del error, y la verdad que hace intrépidos y valientes, dice San Agustin, á los que la tienen de su parte, os ha hecho flacos y cobardes.

Bien sé que hay tiempo de hablar y tiempo de callar, y que el celo de la verdad tiene sus reglas y medidas; pero no quisiera que las almas que conocen á Dios y que le sirven oyesen continuamente trastornar las máximas de la

religion, herir la reputacion de sus hermanos, justificar los infames abusos del mundo sin atreverse á defender los intereses de la verdad ultrajada; no quisiera que el mundo tuviera sus apasionados declarados, y que Jesucristo no pudiese hallar los suyos; no quisiera que los justos se formasen una falsa cortesía para disimular los desórdenes de los pecadores, de que continuamente son testigos, cuando al mismo tiempo los pecadores hacen gala de proponerlos y defenderlos en su presencia; quisiera que una alma fiel conociese que solo se debe tener respeto á la verdad, y que no está en la tierra mas que para glorificar á la verdad; quisiera que llevase sobre su frente el noble valor que inspira la gracia, el candor heróico que produce el desprecio del mundo y de toda su gloria, la libertad generosa y cristiana que no considera mas que los bienes eternos, que no espera mas que á Dios, que á nada teme sino á su propia conciencia, que no condesciende sino con los intereses de la justicia y de la caridad y que solo intenta agradar con la verdad; quisiera que la sola presencia de una alma justa hiciese callar á los enemigos de la virtud; que éstos respetasen al carácter de la verdad, que debe llevar grabado en su frente; que temiesen su santa generosidad, y que á lo menos honrasen con su silencio y con su confusion á la virtud que ocultamente desprecian. Los israelitas entregados á sus danzas, á sus regocijos profanos y á sus clamores impíos é insensatos al rededor del becerro de oro, se suspenden y guardan un profundo silencio al presentarse Moisés, que baja del monte, armado solamente con la ley del Señor y con su eterna verdad. Este es el disimulo de silencio.

El segundo modo de disimular la verdad es el suavizarla con mitigaciones y condescendencias que la ofenden: los Magos no podian sin duda ignorar que no podia ser agradable á